

## 5. ¿PRIMAVERA ÁRABE? SAMIR AMIN

OCTUBRE DE 2011

[Artículo publicado en *Monthly Review*, vol. 63, No. 5, Octubre de 2011. Samir Amin es un economista político egipcio adscrito a la teoría de la dependencia y a la Escuela Monthly Review. Acaba de cumplir los 80 años, por lo que lo felicitamos con toda cordialidad. Se publica con autorización de Monthly Review Press. Traducción de Salvador Aguilar y Joan Quesada.]

El año 2011 se inició con una serie de explosiones rompedoras e iracundas procedentes de los pueblos árabes. ¿Es esa primavera el comienzo de un segundo «despertar del mundo árabe»? ¿O se atascarán esas revoluciones y se mostraran abortivas, como fue el caso con el primer episodio de dicho despertar, algo que evoqué en mi libro *L'éveil du Sud* [El despertar del Sur]? Si se confirmara la primera hipótesis, el movimiento de avance del mundo árabe se convertiría necesariamente en parte del movimiento para superar el capitalismo imperialista en la escala mundial. Un fracaso mantendría al mundo árabe en su estatus actual de periferia sumisa, lo que impediría su ascenso al rango de partícipe activo en la reconfiguración del mundo.

Siempre es peligroso generalizar acerca del «mundo árabe», e ignorar así la diversidad de condiciones objetivas que caracterizan a cada país. Por lo tanto, concentraré las reflexiones que aquí siguen en Egipto, por tratarse de un país del que rápidamente se reconoce que juega y siempre ha jugado un papel de primera magnitud en la evolución general de la región a la que pertenece.

Egipto fue el primer país de la periferia del capitalismo globalizado que trató de «emerger». Ya en los inicios del siglo XIX, con bastante anterioridad a Japón y China, el virrey Mohammed Ali había concebido y puesto en práctica un programa de renovación para Egipto y sus vecinos cercanos en el Máshreq árabe (Máshreq significa «Este», es decir, hace referencia al África nororiental y el Levante). Ese vigoroso experimento consumió dos terceras partes del siglo XIX y solo tardíamente agotó su impulso en la década de 1870, durante la segunda mitad del reinado del jive Ismail. El análisis de su fracaso no puede ignorar la violencia de la agresión extranjera por parte de Gran Bretaña, en la cúspide del poder del capitalismo industrial en esas fechas. Inglaterra persiguió fieramente su objetivo, que consistía en asegurarse de que el Egipto moderno

fracasara en su impulso emergente, y lo hizo en una variedad de ocasiones: en la campaña naval de 1840; a continuación, tomando el control de las finanzas del jedive durante la década de 1870, y finalmente por medio de la ocupación militar en 1882.

Ciertamente, el proyecto egipcio del siglo XIX estaba sujeto a las limitaciones de su tiempo, ya que, manifiestamente, lo que contemplaba era la emergencia del país dentro y a través del capitalismo, a diferencia del segundo intento de emergencia de Egipto del que trataré más abajo. Las propias contradicciones sociales de ese proyecto, al igual que sus supuestos implícitos de tipo ideológico, cultural y político, no hay duda de que tuvieron una cuota de responsabilidad por el fracaso. Sin embargo, el hecho continúa siendo que, sin la agresión imperialista, esas contradicciones habrían sido superadas, como ocurrió en Japón.

Habiendo sido derrotado, el Egipto emergente se vio forzado a ejercer durante casi cuarenta años (1880-1920) de periferia servil, cuyas instituciones se reconfiguraron para servir al modelo de acumulación capitalista/imperialista de ese período. Y ese retroceso impuesto golpeó con fuerza, por encima y más allá de su sistema productivo, a las instituciones sociales y políticas del país, además de operar sistemáticamente como refuerzo de todas las concepciones culturales e ideológicas de tipo reaccionario y medieval útiles para mantener al país en su posición subordinada.

La nación egipcia —sus gentes, sus élites— nunca aceptó esa posición. A su vez, ese tozudo rechazo dio pie a una segunda oleada de movimientos que se desplegó a lo largo del siguiente medio siglo (1919-1967). Realmente, considero ese período como una serie continua de luchas y grandes avances. La oleada tenía un triple objetivo: democracia, independencia nacional y progreso social. Los tres objetivos, por muy limitada y a veces confusa que fuera su formulación, eran inseparables entre sí, inseparabilidad que marcó la integración del Egipto moderno en el sistema capitalista/imperialista globalizado de ese período. De acuerdo con esta lectura, el capítulo de la sistematización nasserista (1955-1967) no es más que el capítulo final de esa prolongada serie de luchas de avance que empezó con la revolución de 1919-1920.

El primer momento de ese medio siglo egipcio de crecientes luchas por la emancipación puso énfasis, con la formación del Partido Wafd en 1919,<sup>85</sup> en la modernización política por medio de la adopción, en 1923, de una forma burguesa de democracia constitucional (monarquía limitada), así como en la reconquista de la independencia. La forma de democracia que entonces se contempló permitía, si no la secularización en el sentido estricto, sí una secularización progresiva cuyo símbolo fue la bandera que enlazaba la cruz y la media luna (una bandera que reapareció en las manifestaciones de enero y febrero de 2011). Unas elecciones «normales» permitieron en aquel tiempo, sin el menor problema, no solo que los coptos (cristianos egipcios nativos) fueran elegidos por mayorías musulmanas, sino también que esos mismos coptos ocuparan elevadas posiciones en el Estado.

Los británicos concentraron por completo su poder, apoyados activamente por el bloque reaccionario que comprendía a la monarquía, los grandes terratenientes y los agricultores ricos, en deshacer el progreso democrático conseguido por Egipto bajo el liderazgo del Wafd. En la década de 1930, la dictadura de Sidqi Pasha, al abolir la Constitución democrática de 1923, chocó con el movimiento estudiantil que encabezaba por entonces las luchas democráticas antiimperialistas. No fue por casualidad que, para hacer frente a esa amenaza, la Embajada Británica y el Palacio Real dieran apoyo activo a la formación, en 1927, de los Hermanos Musulmanes, inspirados por el pensamiento «islamista» en su versión más atrasada del wahabismo, la «salafista», tal y como la formuló Rachid Reda. Era esta la más reaccionaria de las reaccionarias versiones, antidemocrática y opuesta al progreso social, del renacido «islam político».

La conquista de Etiopía llevada a cabo por Mussolini, con la guerra mundial ya vislumbrándose, forzó a Londres a realizar algunas concesiones a las fuerzas democráticas. En 1936, habiendo aprendido la lección, le fue permitido al Wafd que retornara al poder y se firmó un nuevo tratado angloegipcio. La Segunda Guerra Mundial representó necesariamente una especie de paréntesis. Pero tan pronto como en 1946, el 21 de febrero, la corriente de

<sup>85</sup> El Partido Wafd, de orientación nacionalista liberal, fue el más influyente y popular durante las décadas de 1920 y 1930 en Egipto, cuando contribuyó a aprobar la Constitución de 1923 e instaurar una monarquía constitucional; se disolvió coincidiendo con la Revolución de 1952. [T.]

luchas sociales se reanudó con la formación del «bloque obrero-estudiantil», cuya radicalización se vio reforzada por la entrada en escena de los comunistas y el movimiento obrero. Una vez más, los egipcios reaccionarios, con el respaldo de Londres, respondieron con violencia y, con ese fin, movilizaron a los Hermanos Musulmanes en apoyo de una segunda dictadura de Sidqi Pasha, sin que, por otro lado, fueran capaces de silenciar el movimiento de protesta. Había elecciones en 1950, y el Wafd retornó al poder. El repudio de ese partido al Tratado de 1936 y el inicio de acciones guerrilleras en la zona del canal de Suez solo pudieron vencerse con el incendio de El Cairo en enero de 1952, operación en la que estuvieron implicados a fondo los Hermanos Musulmanes.

Un primer golpe de Estado en 1952 por parte de los «Oficiales Libres» y, sobre todo, un segundo golpe en 1954 por medio del cual Nasser tomó el control de la situación, fueron valorados por unos como la «culminación» del continuo flujo de luchas y por otros, como su punto final. El nasserismo, que rechazaba el punto de vista sobre el despertar egipcio que aquí hemos presentado, planteó un discurso ideológico que aniquiló por completo la historia de los años que van de 1919 a 1952 con objeto de precipitar el estallido de la “revolución egipcia” de julio de 1952. En ese momento, muchos comunistas denunciaron ya ese discurso y analizaron los golpes de 1952 y 1954 como intentos dirigidos a poner fin a la radicalización del movimiento democrático. Y no estaban equivocados, porque el nasserismo solo se transformó en un proyecto antiimperialista después de la Conferencia de Bandung, en abril de 1955. El nasserismo dio entonces todo cuanto podía dar: una postura internacional resueltamente antiimperialista, asociada a los movimientos panárabes y panafricanos, y algunas reformas sociales de corte progresista (pero no «socialista»). Y todo ello se ejecutó desde arriba, no solo «prescindiendo de la democracia» —ya que se denegó a las masas populares cualquier derecho a organizarse por sí mismas—, sino incluso «aboliendo» toda forma de vida política. Eso supuso una invitación al islam político para que viniera a llenar el vacío que así se creaba.

El potencial progresista del proyecto nasserista quedó agotado en diez breves años (1955-1965), y ese agotamiento ofreció al imperialismo, liderado a partir de entonces por los Estados Unidos, la posibilidad de romper el

movimiento utilizando para ello a su instrumento militar en la región: Israel. La derrota de 1967 marcó el final de una corriente que había fluido durante medio siglo. El reflujo lo inició el propio Nasser al optar por la senda de efectuar concesiones a la derecha (la *infitah* o «apertura», apertura por supuesto a la globalización capitalista) en lugar de por la radicalización que invocaban, entre otros, el movimiento estudiantil, que brevemente desempeñó un papel central en 1970, poco antes y poco después de la muerte de Nasser. Sadat, su sucesor, intensificó y amplió ese giro a la derecha e integró a los Hermanos Musulmanes en su nuevo sistema autocrático. Mubarak no hizo sino dar continuidad al camino trazado.

El siguiente período de retroceso, a su vez, tuvo una duración de casi otro medio siglo. Egipto, obediente a las demandas del liberalismo globalizado y a la estrategia norteamericana, sencillamente dejó de existir como elemento activo en la política regional o global. En su región, los principales aliados norteamericanos —Arabia Saudita e Israel— ocuparon el primer plano. Así, Israel pudo seguir con la ampliación de la colonización de la Palestina ocupada, con la complicidad tácita de Egipto y de los países del Golfo.

Bajo Nasser, Egipto había establecido un sistema económico y social que, aunque sujeto a crítica, al menos era coherente. Nasser había apostado por la industrialización como forma de salir de la especialización colonial internacional que confinaba al país al papel de exportador de algodón. El sistema de Nasser mantenía una división de rentas que favorecía a las clases medias en expansión sin empobrecer a las masas populares. Sadat y Mubarak desmantelaron el sistema productivo del país y lo reemplazaron por un sistema completamente incoherente basado exclusivamente en la rentabilidad de unas empresas que eran, en su mayoría, subcontratistas de los monopolios imperialistas. Las supuestamente elevadas tasas de crecimiento económico, tan alabadas durante treinta años por el Banco Mundial, carecían por completo de sentido. El crecimiento egipcio era extremadamente vulnerable y, por si fuera poco, iba acompañado de un increíble aumento de la desigualdad y del desempleo, que afligía a la mayoría de la juventud egipcia. Era una situación explosiva. Y explotó.

La aparente «estabilidad del régimen» de la que se jactaban sucesivos funcionarios norteamericanos, como Hillary Clinton, se basaba en un

monstruoso aparato policial que contaba con 1.200.000 hombres (mientras que el ejército alcanzaba unos modestos 500.000 efectivos) y que tenía las manos libres para cometer diariamente actos de abuso criminal. Los poderes imperialistas pretendían que un régimen como este «protegía» al país de la amenaza del islamismo, lo que no era sino una torpe patraña. En realidad, el régimen había sabido integrar a la perfección al islam político reaccionario (en la tradición del modelo wahabita del Golfo) dentro de su estructura de poder al concederle el control de la educación, de los tribunales y de los principales medios de comunicación de masas, especialmente la televisión. El único discurso público permitido era el de las mezquitas salafistas, lo que, por añadidura, convertía en verosímil la pretensión de los islamistas de que eran «la oposición». La cínica duplicidad de los discursos del *establishment* estadounidense (los de Obama, no menos que los de Bush) se adaptaba perfectamente a sus objetivos. El apoyo de facto al islamismo político destruyó la capacidad de la sociedad egipcia de hacer frente a los desafíos del mundo moderno (originando un catastrófico declive de la educación y la investigación), mientras que, al denunciar esporádicamente sus «abusos», como los asesinatos entre los cristianos coptos, Washington legitimaba sus intervenciones militares en tanto que acciones propias de su autoatribuida «guerra contra el terrorismo». El régimen podía seguir pareciendo «tolerable» en la medida en que disponía de la válvula de seguridad que le proporcionaba la emigración masiva de los trabajadores pobres y de clase media hacia los países productores de petróleo. El agotamiento de ese sistema, cuando los inmigrantes asiáticos reemplazaron allí a los procedentes de los países árabes, conllevó el renacimiento de los movimientos de oposición. Las huelgas obreras de 2007 (las más potentes en cincuenta años en el continente africano), la tenaz resistencia de los pequeños agricultores amenazados de expropiación por el capital agrario y la formación de grupos protestatarios democráticos entre las clases medias (como los movimientos Kefaya y 6 de Abril) eran un anticipo de la inevitable explosión, tan desconcertante para los «observadores extranjeros» pero esperada entre los egipcios. Y así empezó una nueva fase en la oleada de luchas por la emancipación, cuya dirección y oportunidades para el desarrollo debemos analizar a continuación.

## Los componentes del movimiento democrático

La «revolución egipcia» actualmente en curso muestra que es posible anticipar el fin de un sistema neoliberal amenazado en todas sus dimensiones: sociales, políticas y económicas. El gigantesco movimiento del pueblo egipcio vincula entre sí tres componentes activos: una juventud «repolitizada» por su propia voluntad de unas formas «modernas» que ella misma ha inventado, las fuerzas de la izquierda radical, y las fuerzas de las clases medias democráticas.

La juventud (aproximadamente un millón de activistas) fue la que encabezó el movimiento, al que se sumaron inmediatamente la izquierda radical y las clases medias democráticas. Los Hermanos Musulmanes, cuyos líderes apelaron a un boicot a las manifestaciones durante los primeros cuatro días, puesto que estaban seguros de que los manifestantes serían dispersados por el aparato represivo, solo tardíamente aceptaron el movimiento, una vez que el llamamiento de este, que llegó al conjunto del pueblo egipcio, empezó a desencadenar movilizaciones gigantescas de 15 millones de manifestantes.

Los jóvenes y la izquierda radical perseguían tres objetivos compartidos, a saber, la restauración de la democracia (y el fin del régimen policial-militar); la puesta en práctica de una nueva política social y económica favorable a las masas populares (rompiendo así con la sumisión a las demandas del liberalismo globalizado); y una política exterior independiente (que pusiera fin a la sumisión a las exigencias de la hegemonía estadounidense y a la extensión del control militar de Estados Unidos sobre la totalidad del planeta). La revolución democrática a la que apelan es una revolución social y antiimperialista de carácter democrático.

A pesar de que el movimiento de la juventud, tanto en su composición social como en sus expresiones ideológicas y políticas, está muy diversificado, en su conjunto se autoposiciona «en la izquierda». De ello son testimonio sus potentes y espontáneas expresiones de simpatía hacia la izquierda radical.

Consideradas en su conjunto, las clases medias apoyan únicamente el objetivo democrático, sin que necesariamente pongan objeciones nítidas al «mercado» (tal como es) o a los alineamientos internacionales de Egipto. El papel de los blogueros no puede subestimarse, pues un grupo de ellos toma



parte, conscientemente o no, en una verdadera conspiración organizada por la CIA. Sus animadores son usualmente gente joven perteneciente a las clases adineradas, extremadamente «americanizados», que, sin embargo, se presentan a sí mismos como opositores de las dictaduras establecidas. La cuestión de la democracia, en la versión requerida para su manipulación por Washington, ocupa un lugar predominante de su discurso en la red. Ese hecho los convierte en partícipes activos en la cadena de contrarrevoluciones, orquestadas por Washington, enmascaradas como «revoluciones democráticas» según el modelo europeo-oriental de las «revoluciones de colores». Pero sería un error considerar que esa conspiración está detrás de las revueltas populares. Lo que persigue la CIA es invertir la dirección del movimiento, distanciar a sus activistas de su objetivo de transformación social progresista y desviarlos hacia caminos diferentes.

El plan tendría una considerable posibilidad de éxito si el movimiento fracasara a la hora de integrar a sus diferentes componentes, definir objetivos estratégicos comunes e inventar formas efectivas de organización y acción. Hay ejemplos de fracasos de este tipo que son bien conocidos; basta con atender a Indonesia y Filipinas. Vale la pena subrayar que esos blogueros, ¡que escriben en inglés y no en árabe!, que se plantean defender en Egipto una «democracia de estilo americano», esgrimen con frecuencia argumentos que sirven para legitimar a los Hermanos Musulmanes. El conjunto del pueblo egipcio respondió rápidamente a la convocatoria de manifestaciones llevada a cabo por los tres componentes activos del movimiento. Esos jóvenes y sus aliados no se desmoralizaron ante la represión, extremadamente violenta durante los primeros días (con más de un millar de muertes), y en ningún momento, a diferencia de lo ocurrido en otros lugares, apelaron a la ayuda de las potencias occidentales. Su coraje fue decisivo para convertir a 15 millones de egipcios procedentes de todos los barrios de las ciudades, pequeñas y grandes, e incluso de los pueblos, en manifestaciones de protesta que se prolongaron incesantemente durante días (y a veces noches) consecutivos. Su arrolladora victoria política tuvo como efecto que el miedo cambió de lado. Obama y Hillary Clinton descubrieron que tenían que deshacerse de Mubarak, a quien habían sostenido hasta entonces, mientras que los líderes militares pusieron fin a su silencio, rechazaron asumir la tarea represiva, protegiendo así



su imagen, y acabaron deponiendo a Mubarak y a varios de sus más importantes secuaces.

La generalización del movimiento entre la totalidad del pueblo egipcio representa en sí misma un desafío positivo. Porque este pueblo, como cualquier otro, está lejos de formar un «bloque homogéneo». Para la perspectiva de una radicalización, algunos de sus componentes principales son, sin ninguna duda, una fuente de fortaleza. La poderosa entrada en liza de los 5 millones de personas de la clase obrera podría resultar decisiva. A través de las numerosas huelgas, los trabajadores en lucha han ido avanzando en la construcción de las organizaciones a las que dieron luz en 2007. Existen ya más de cincuenta sindicatos independientes. Otro factor que puede contribuir a la radicalización del movimiento es la tenaz resistencia de los pequeños agricultores frente a las expropiaciones permitidas por la abolición de las leyes de reforma agraria (los Hermanos Musulmanes votaron a favor de esa inmoral legislación en el Parlamento con el pretexto de que, para el islam, la propiedad privada es «sagrada» y la reforma agraria era de inspiración diabólica, es decir, ¡comunista!). Aún más, una vasta masa formada por «los pobres» tomó parte activa en las manifestaciones de febrero de 2011 y, posteriormente, participa con frecuencia en los comités populares de barrio «en defensa de la revolución». Las barbas, los velos y los estilos de vestir de ese «pueblo pobre» tal vez den la impresión de que la sociedad egipcia es en el fondo «islámica», incluso de que quien la moviliza son los Hermanos Musulmanes. En realidad, cuando los pobres saltaron al escenario, los líderes de dicha organización no tuvieron otra opción que seguirles la corriente. Hay, por lo tanto, una carrera en pleno desarrollo: ¿quién será el que consiga formar alianzas efectivas con las masas aún confusas o, incluso —en una expresión que yo rechazo—, «disciplinarlas»? ¿Serán los Hermanos Musulmanes y sus socios islamistas (salafistas), o será la alianza democrática?

Se está produciendo en Egipto un llamativo progreso en la construcción de un frente unido de trabajadores y fuerzas democráticas. En abril de 2011, cinco partidos de orientación socialista (el Partido Socialista Egipcio, junto a la Alianza Popular Democrática, formada por una mayoría de los miembros del antiguo Partido Tagammu, de «izquierda-leal», el Partido Laborista Democrático, el Partido Socialista Revolucionario, de orientación «trotskista», y

el Partido Comunista de Egipto, anteriormente un componente del Tagammu) establecieron una Alianza de Fuerzas Socialistas por la que se comprometieron a desarrollar sus luchas en común. Paralelamente, el conjunto de todas las fuerzas políticas y sociales activas del movimiento (los partidos de orientación socialista, los diversos partidos democráticos, los sindicatos independientes, las organizaciones campesinas, las redes de gente joven y las numerosas asociaciones sociales) establecieron el Maglis Watany, un Consejo Nacional que cuenta con 150 miembros y en el que los Hermanos Musulmanes y los partidos derechistas rechazaron participar, con lo que solo reafirmaron su bien conocida oposición a mantener la continuidad del movimiento revolucionario.

### **La oposición al movimiento democrático: el bloque reaccionario**

Igual que en anteriores períodos de luchas crecientes, el movimiento democrático, social y antiimperialista se enfrenta en Egipto a un poderoso bloque reaccionario. Tal vez sea posible identificar dicho bloque por su composición social, sus clases componentes, pero es igual de importante definirlo por sus medios de intervención política y por el discurso ideológico al servicio de dicha política.

En términos sociales, el bloque reaccionario está liderado por la burguesía egipcia en su conjunto. Las formas de acumulación dependiente que han operado a lo largo de los últimos cuarenta años han producido el ascenso de una rica burguesía, la única beneficiaria de la escandalosa desigualdad que ha acompañado al modelo de «liberalismo globalizado». Se trata de unas decenas de miles, no de «empresarios innovadores», como gusta de calificarlos al Banco Mundial, sino de millonarios y billonarios que deben por completo su fortuna a la connivencia con el aparato político (en el que la corrupción forma parte orgánica del sistema). Es esta una burguesía *compradora* (aunque en el lenguaje político habitual en Egipto, la gente los denomina «parásitos corruptos»). Son ellos los partidarios activos de que Egipto se sitúe en el seno de la globalización imperialista contemporánea como un aliado incondicional de los Estados Unidos. En sus filas, esta burguesía cuenta con numerosos generales del ejército y de la policía, con «civiles» con conexiones con el Estado y con el Partido Nacional Democrático creado por Sadat y Mubarak, así como con personalidades religiosas: el conjunto de los líderes de los Hermanos

Musulmanes y los jeques más notorios de la Universidad Al Azhar son todos ellos «billonarios». Es cierto que existe también una burguesía de activos pequeños y medianos empresarios. Pero estos son las víctimas del sistema de extorsión levantado por la burguesía *compradora*, reducidos al estatus de subcontratistas subordinados a las órdenes de los monopolios locales, que son ellos mismos meros cinturones de transmisión de los monopolios exteriores. Este sistema es la regla general en la industria de la construcción: los «grandes» se hacen con los contratos estatales y, a continuación, subcontratan el trabajo a los «pequeños». Esta burguesía auténticamente emprendedora simpatiza con el movimiento democrático.

La facción rural del bloque reaccionario no es menos importante. La componen agricultores ricos que fueron los principales beneficiarios de la reforma agraria de Nasser y que sustituyeron a la antigua clase de los terratenientes adinerados. Las cooperativas agrarias iniciadas por el régimen de Nasser incluían tanto a agricultores ricos como pobres y, por eso mismo, beneficiaban a los ricos. Sin embargo, el régimen disponía también de medidas para limitar el posible abuso de los campesinos pobres. Una vez abandonadas estas por iniciativa de Sadat y Mubarak y a instancias del Banco Mundial, la gente rural adinerada se afanó en acelerar la eliminación de los agricultores pobres. En el Egipto moderno, los ricos rurales han constituido siempre una clase reaccionaria, y ahora más que nunca. Son también los principales promotores del islam conservador en el campo, y dominan la vida social rural gracias a sus estrechas relaciones, con frecuencia familiares, con los funcionarios del Estado y los aparatos religiosos (en Egipto, la Universidad Al Azhar disfruta de un estatus equivalente al de una iglesia musulmana organizada). Y aún más, gran parte de las clases medias urbanas (sobre todo los oficiales del ejército y de la policía, pero también los tecnócratas y los profesionales de la medicina y del derecho) proceden directamente de esa clase rural adinerada.

Ese bloque reaccionario dispone de poderosos instrumentos políticos: las fuerzas militares y policiales, las instituciones del Estado, el privilegiado partido político Nacional Democrático, creado por Sadat (un partido único de facto), y las facciones del islam político (los Hermanos Musulmanes y los salafistas). La asistencia militar que proporcionan los Estados Unidos al ejército egipcio (unos

1.500 millones de dólares anuales) jamás se ha destinado a la capacidad defensiva del país. Por el contrario, su efecto ha sido peligrosamente destructivo debido a la sistemática corrupción que, con el mayor cinismo, no solo era un hecho conocido y tolerado, sino también activamente fomentado. Esa «ayuda» permitía que las más altas instancias se apropiaran de importantes porciones de la economía *compradora* de Egipto, hasta el punto de que la expresión «Ejército S.A.» (*Sharika al geish*) llegó a convertirse en algo común. Así pues, la Alta Comandancia, que asumió la responsabilidad de dirigir la transición, no es en absoluto «neutral», pese a los esfuerzos por aparentarlo y distanciarse de las actuaciones represivas. El gobierno «civil» por ella elegido y que a ella obedece, compuesto en su mayoría por los hombres menos visibles del régimen anterior, ha adoptado una serie de medidas absolutamente reaccionarias destinadas a bloquear cualquier atisbo de radicalización del movimiento. Entre ellas figuran una ley antihuelga indecente (so pretexto de la recuperación económica) y una legislación que impone severas restricciones a la creación de partidos políticos con el objetivo de limitar el juego electoral a las tendencias del islam político (sobre todo los Hermanos Musulmanes), ya bien organizadas gracias al apoyo sistemático recibido del antiguo régimen. Sin embargo, y a pesar de todo, la actitud del ejército sigue siendo, en el fondo, imprevisible. Pese a la corrupción de los cuadros militares (los soldados rasos son reclutas; los oficiales, profesionales), el sentimiento nacionalista aún no ha desaparecido del todo. Además, el ejército lamenta haber perdido la mayoría de su poder a favor de la policía. En tales circunstancias, y dado que el movimiento ha expresado enérgicamente su voluntad de excluir al ejército de la dirección política del país, es muy probable que en el futuro la Alta Comandancia intente permanecer entre bastidores en lugar de presentar a sus propios candidatos a las próximas elecciones.

Aunque está claro que el aparato policial ha quedado intacto (la idea de procesarlo no se ha contemplado), igual que el aparato del Estado en general (los nuevos gobernantes son todos ellos figuras veteranas del régimen), el Partido Nacional Democrático se desvanecido en medio de la tormenta, y se ha ordenado su disolución legal. Sin embargo, podemos tener la certeza de que la burguesía egipcia se asegurará de que el partido renazca con otra etiqueta (o etiquetas).

## El islam político

Los Hermanos Musulmanes constituyen la única fuerza política cuya existencia no fue meramente tolerada, sino activamente fomentada, por el régimen anterior. Sadat y Mubarak les otorgaron el control de tres instituciones fundamentales: la educación, los tribunales y la televisión. Los Hermanos Musulmanes jamás han sido, ni podrán ser, «moderados», por no decir «democráticos». Su líder —el *murchid*, palabra árabe que significa «guía», *Führer*— es autoproclamado, y la organización se basa en el principio de obediencia disciplinada de las órdenes del líder, sin discusión alguna. La dirección la forman en su totalidad un conjunto de hombres extremadamente ricos (gracias, en parte, a la financiación saudita, es decir, de Washington); el segundo nivel de dirección lo componen hombres procedentes de sectores oscurantistas de las clases medias; las bases son personas de clase baja reclutadas a través de las instituciones de caridad que gestiona la Hermandad (también financiadas por los sauditas), y el brazo ejecutor está formado por milicias (los *baltaguis*) reclutadas entre los delincuentes.

Los Hermanos Musulmanes están comprometidos con un sistema económico basado en el mercado y de completa dependencia exterior. En realidad, son uno de los elementos de la burguesía *compradora*. Se han manifestado en contra de las grandes huelgas de la clase trabajadora y en contra de las luchas de los agricultores pobres por conservar las tierras. Por lo tanto, los Hermanos Musulmanes son solo «moderados» en el doble sentido de que renuncian a presentar cualquier tipo de programa económico y social, con lo que de hecho aceptan las políticas neoliberales sin cuestionarlas, y de que se someten de facto a la imposición del control estadounidense en la región y en el mundo. Son, pues, útiles aliados de Washington (¿acaso tienen los Estados Unidos un mejor aliado que el patrón que los financia, la Arabia Saudita?), un Washington que ahora da fe de las «credenciales democráticas» de los Hermanos.

Y no obstante, los Estados Unidos no pueden admitir que su objetivo estratégico es establecer en la región regímenes «islámicos». Deben fingir que eso «les asusta». Legitiman así una «guerra permanente contra el terrorismo» que, en realidad, tiene otros objetivos: el control militar de todo el planeta para garantizar que la tríada formada por Estados Unidos, Europa y Japón conserva

el acceso exclusivo a sus recursos. Otros de los efectos beneficiosos de esa duplicidad es que le permite movilizar los elementos «islamófobos» de su opinión pública. Europa, como es bien sabido, no posee una estrategia propia en la región, y se contenta con aceptar cotidianamente las decisiones de Washington. Más que nunca, es ahora necesario señalar con claridad la verdadera duplicidad de la estrategia estadounidense, que ha manipulado con notable efectividad las opiniones de un público engañado. Los Estados Unidos (con la complicidad de Europa) lo que más temen es un Egipto verdaderamente democrático que, seguramente, daría la espalda al alineamiento con el liberalismo económico y con la agresiva estrategia de la OTAN y los Estados Unidos. Harán todo cuanto esté en su mano para evitar un Egipto democrático y, a tal fin, prestarán su apoyo (hipócritamente disfrazado) a la alternativa que representan los Hermanos Musulmanes, que, según ha quedado demostrado, son solo una minoría dentro del movimiento del pueblo egipcio a favor de un cambio real.

El choque entre las potencias imperialistas y el islam político no es, por supuesto, un fenómeno nuevo ni limitado a Egipto. Los Hermanos Musulmanes, desde su fundación en 1927 hasta la actualidad, han constituido siempre un útil aliado del imperialismo y del bloque reaccionario local. Siempre han sido un fiero enemigo de los movimientos democráticos egipcios. Y los multimillonarios que ahora dirigen la Hermandad no están predestinados a pasarse a la causa democrática. En todo el mundo musulmán, el islam político es con toda certeza un aliado estratégico de los Estados Unidos y sus socios minoritarios de la OTAN. Washington armó y financió a los talibanes, a quienes bautizó como «luchadores por la libertad», en la guerra librada contra el régimen nacional/popular (tachado de «comunista») de Afganistán antes, durante y después de la intervención soviética. Cuando los talibanes cerraron las escuelas para chicas creadas por los «comunistas», no les faltaron los «demócratas», e incluso «feministas», que aseguraron que ¡era preciso «respetar las tradiciones»!

En Egipto, los Hermanos Musulmanes cuentan ahora con el apoyo de la tendencia «tradicionalista» salafista, que también recibe generosa financiación de los Estados del Golfo. Los salafistas (wahabitas fanáticos e intolerantes con cualquier otra interpretación del islam) no ocultan su extremismo, y están

detrás de una campaña sistemática de asesinato de coptos. Es difícil de concebir que dichas operaciones pudieran llevarse a cabo sin el apoyo tácito (y, en ocasiones, con una complicidad aún mayor) del aparato estatal, sobre todo de los tribunales, que prácticamente les han sido entregados a los Hermanos Musulmanes. Esa peculiar división del trabajo permite que los Hermanos Musulmanes parezcan moderados, que es lo que Washington finge creer.

Sin embargo, cabe esperar violentos choques entre grupos religiosos islamistas en Egipto, ya que históricamente el islam egipcio ha sido principalmente sufí e, incluso en la actualidad, las hermandades sufíes agrupan a 15 millones de musulmanes egipcios. El sufismo representa un islam abierto y tolerante, que insiste en la importancia de las creencias individuales más que en las prácticas rituales («hay tantas vías hasta Dios como individuos», afirma). Los poderes estatales siempre han recelado enormemente del sufismo aunque, siguiendo la táctica del palo y la zanahoria, han tenido cuidado de no declararle una guerra abierta.

El islam wahabita de los Estados del Golfo se halla en el polo opuesto al del sufismo: es arcaico, ritualista, conformista; considera enemiga cualquier interpretación que no sea la repetición de los textos elegidos; y es enemiga de cualquier espíritu crítico (que, para dicha corriente, no es sino obra del diablo). El islam wahabita se considera en guerra contra el sufismo, el cual quiere aniquilar, y para ello cuenta con el apoyo de la autoridades que detentan el poder. En respuesta a ello, los sufíes contemporáneos son secularistas, incluso seculares: invocan la separación de política y religión (del poder estatal y las autoridades religiosas de Al Azhar que este reconoce). Los sufíes son aliados del movimiento democrático. La introducción del islam wahabita en Egipto la inició Rachid Reda en la década de 1920, y los Hermanos Musulmanes prosiguieron con ella después de 1927. Sin embargo, este solo cobró auténtico vigor tras la Segunda Guerra Mundial, cuando las rentas del petróleo de los Estados del Golfo, apoyados por los Estados Unidos como aliados en el conflicto contra la oleada de luchas de liberación nacional de la década de 1960, multiplicaron sus medios económicos.



## La estrategia estadounidense: el modelo de Pakistán

Las tres potencias dominantes en Oriente Medio durante el período de marea baja contestataria (1967-2011) eran los Estados Unidos —los jefes del sistema—, Arabia Saudita e Israel. Tres aliados muy próximos que compartían un mismo pavor a la posibilidad de que surgiera un Egipto democrático. Un Egipto así solo podía ser antiimperialista y defensor del bienestar. Se apartaría del liberalismo globalizado, convertiría en insignificantes a los Estados del Golfo y a los sauditas, reavivaría la solidaridad popular árabe y obligaría a Israel a reconocer un Estado palestino.

Egipto es una de las piedras angulares de la estrategia estadounidense de control mundial. El único objetivo de Washington y sus aliados israelíes y sauditas es abortar el movimiento democrático egipcio y, para eso, quieren imponer un «régimen islámico» dirigido por los Hermanos Musulmanes: la única forma que tienen de perpetuar la sumisión de Egipto. Los «discursos democráticos» de Obama solo sirven para engañar a una opinión pública ingenua, sobre todo en Estados Unidos y Europa.

Se habla mucho del ejemplo de Turquía para legitimar un gobierno de los Hermanos Musulmanes («¡convertidos a la democracia!»). Sin embargo, no se trata más que de una cortina de humo. Porque el ejército turco siempre está entre bastidores y, a pesar de ser escasamente democrático y fiel aliado de la OTAN, continúa siendo el garante del «secularismo» turco. El proyecto de Washington, abiertamente expresado por Hillary Clinton, Obama y los *think tanks* a su servicio, se inspira en el modelo pakistaní: un ejército «islámico» en el trascenio y un gobierno «civil» dirigido por uno o más partidos islámicos «electos». Claramente, si tenemos presente tal hipótesis, el gobierno «islámico» de Egipto sería recompensado por su sumisión en los temas esenciales (la perpetuación del liberalismo económico y de los pretendidos «tratados de paz» que permiten que Israel prosiga con su política de expansión territorial) y se le permitiría, en demagógica compensación, que desplegara su proyecto de «islamización del Estado y de la política» y el asesinato de coptos. ¡Esa es la hermosa democracia que Washington ha diseñado para Egipto! Evidentemente, Arabia Saudita apoya la realización de dicho proyecto con todos sus recursos (financieros). Riad sabe perfectamente bien que su hegemonía regional (en los mundos árabe y musulmán) exige que Egipto

quede reducido a la insignificancia, lo que se haría realidad gracias a la «islamización del Estado y de la política» —en realidad, una islamización wahabita con todos los efectos que ello acarrea, incluidos los pogromos de coptos y la negación de la igualdad de derechos a las mujeres—.

¿Es posible una islamización así? Tal vez sí, pero a expensas de una extrema violencia. El campo de batalla aquí es el artículo 2 de la Constitución del régimen derrocado. Dicho artículo, que estipula que «la *sharia* (la ley musulmana) es el origen de la ley», supuso una novedad en la historia política de Egipto. Ni la Constitución de 1923 ni la de Nasser contenían nada parecido. Fue Sadat quien lo introdujo en su nueva constitución con el triple apoyo de Washington («¡es preciso respetar las tradiciones!»), de Riad («el Corán es cuanta constitución hace falta») y de Tel Aviv («Israel es un Estado judío»).

El proyecto de los Hermanos Musulmanes sigue siendo el de establecer un Estado teocrático, tal y como demuestra su adhesión al artículo de la Constitución de Sadat/Mubarak. Más aún, el programa más reciente de la organización subraya todavía más esa perspectiva medievalista al proponer la creación de un «consejo de ulemas» con poderes para asegurarse de que toda ley que se proponga esté conforme con las exigencias de la *sharia*. Ese consejo religioso constitucional sería similar al que, en Irán, ejerce la autoridad suprema por encima del gobierno «electo». Se trata de un régimen de superpartido religioso único, en el que todos los partidos que defienden el secularismo pasan a ser «ilegales». Sus miembros, al igual que los no-musulmanes (coptos), quedarían excluidos, por tanto, de la vida política. Y a pesar de todo ello, las autoridades de Washington y de Europa hablan como si hubiera que tomarse en serio las recientes declaraciones, falsas y oportunistas, de los Hermanos Musulmanes según las cuales renunciaban a su proyecto teocrático (sin modificar en un ápice su programa). ¿Acaso los expertos de la CIA no saben leer árabe? La conclusión es ineludible: Washington preferiría a los Hermanos en el poder, lo que garantizaría que Egipto siguiera bajo su control y el de la globalización liberal, antes que este estuviera en manos de demócratas, que muy probablemente cambiarían el estatus subalterno de Egipto. El recién creado Partido de la Libertad y la Justicia, explícitamente a imagen del modelo turco, no es más que un instrumento de los Hermanos. Ofrece la admisión de coptos (!), lo que significa que estos habrán de aceptar el

Estado teocrático musulmán consagrado por el programa de los Hermanos si quieren tener algún derecho a «participar» en la vida política de su país. Pasando a la ofensiva, los Hermanos están creando «sindicatos», «organizaciones campesinas» y un intrincado conjunto de «partidos políticos» de diversa denominación cuyo único objetivo es fomentar la división en el seno de los frentes unidos de trabajadores, agricultores y demócratas que se están constituyendo —y para ventaja, por supuesto, del bloque contrarrevolucionario—.

¿Conseguirá el movimiento democrático egipcio que el artículo 2 quede excluido de la nueva constitución? Solo se puede responder a esta pregunta regresando al examen de los debates políticos, ideológicos y culturales que han tenido lugar a lo largo de la historia moderna de Egipto.

De hecho, lo que se observa es que los períodos de marea alta se han caracterizado por una diversidad de opiniones abiertamente expresadas que han relegado la religión (siempre presente en la sociedad) a un segundo plano. Así sucedió durante los dos primeros tercios del siglo XIX (desde Mohamed Ali hasta el jedive Ismail). El tema de la modernización (en forma de despotismo ilustrado, más que de democracia) era el que ocupaba el centro de las discusiones. Lo mismo ocurrió entre 1920 y 1970: la confrontación abierta de puntos de vista entre los «demócratas burgueses» y los «comunistas» ocupó el primer plano de los debates hasta el surgimiento del nasserismo. Nasser puso punto final al debate, y lo sustituyó por un discurso panarabista populista, aunque también «modernizante». Las contradicciones del sistema abrieron la puerta al regreso del islam político. Hay que reconocer, por el contrario, que en las fases de marea baja esa diversidad de opiniones desaparecía y daba paso al medievalismo, presentado como pensamiento islámico, que se arroga a sí mismo el monopolio del discurso autorizado por el gobierno. Desde 1880 hasta 1920, los británicos edificaron esa vía de diversión de diversas maneras pero, sobre todo, mediante el exilio (a Nubia, principalmente) de todos los pensadores modernistas egipcios y de todos los actores surgidos desde los tiempos de Mohamed Ali. Aun así, hay que señalar también que la «oposición» a la ocupación británica vino a emplazarse igualmente dentro de ese consenso medievalista. La *Nahda* (iniciada por Afgani y continuada por Mohamed Abdou) formaba parte de esa desviación, vinculada a las vanas ilusiones que defendía

el nuevo Partido Nacionalista de Mustafá Kamil y Mohammad Farid. No debería sorprender que hacia el fin de esa época la desviación acabara desembocando en los escritos ultrarreaccionarios de Rachid Reda, que posteriormente recogió Hassan el Banna, fundador de los Hermanos Musulmanes.

Lo mismo sucedió de nuevo en los años de marea baja de 1970 a 2010. El discurso oficial (de Sadat y Mubarak), perfectamente islamista (como prueba la inclusión de la *sharia* en la Constitución y la concesión de poderes fundamentales a los Hermanos Musulmanes), era el mismo discurso de la falsa oposición, la única tolerada, que sermoneaba en las mezquitas. Dado que el citado artículo 2 podría parecer sólidamente anclado en la «opinión general» (en «la calle», como les gusta llamarla a los expertos estadounidenses), no deberíamos desestimar los efectos devastadores que ha tenido la despolarización sistemáticamente impuesta en los períodos de marea baja. Nunca es fácil volver a escalar la pendiente. Pero tampoco es imposible. Explícita o implícitamente, en Egipto los debates actuales se centran en las supuestas dimensiones «culturales» (en realidad, islámicas) de dicho desafío. Y hay señales que apuntan en una dirección positiva: el movimiento está logrando que resulte imposible evitar el debate libre (bastaron unas pocas semanas para que el eslogan de los Hermanos, «el islam es la solución», desapareciera de todas las manifestaciones y en estas solo quedarán reivindicaciones específicas sobre transformaciones concretas de la sociedad: la libertad de expresar la propia opinión y de crear sindicatos, partidos políticos y otras organizaciones sociales; la mejora salarial y el derecho al empleo; el acceso a la propiedad de la tierra, a la escolarización, a la sanidad, etc.) Un indicio inequívoco: en las elecciones de abril a la organización estudiantil, los Hermanos, que cinco años antes (cuando su discurso era la única forma permitida de presunta oposición) habían logrado una aplastante mayoría del 80%, rebajaron su proporción del voto hasta el 20%. Sin embargo, el bando contrario también ha encontrado formas de eludir el «peligro democrático». Tras los cambios insignificantes realizados a la Constitución de Mubarak (que aún continúa vigente), cambios propuestos por un comité formado exclusivamente por islamistas elegidos por el alto mando militar y aprobados en un referéndum apresurado que tuvo lugar en abril (con un 23% de voto negativo según los datos oficiales, y gran parte del voto afirmativo impuesto

mediante el fraude electoral y un duro chantaje realizado desde las mezquitas), el artículo 2, evidentemente, se mantuvo en su sitio. Para los elementos corruptos que aún conservan el poder, las elecciones legislativas y presidenciales que, bajo esa misma Constitución, están programadas para octubre/noviembre de 2011, constituyen claramente una ocasión para perpetrar un enorme fraude democrático. El movimiento democrático, por el contrario, aspira a una «transición democrática» más a largo plazo que permitiría que su discurso alcanzara realmente a las grandes capas de las clases bajas musulmanes que todavía carecen de las claves para comprender los acontecimientos. Y no obstante, tan pronto como dio inicio la rebelión, Obama hizo su elección: una transición breve y ordenada (es decir, que no amenazara el aparato gubernamental), y unas elecciones que otorgarían la victoria a los islamistas. Como es bien sabido, las «elecciones», en Egipto y en todo el mundo, no son la mejor manera de asentar una democracia, sino que, a menudo, son la mejor forma de limitar el progreso hacia la democracia.

Por último, algunas palabras sobre «corrupción». La mayor parte del discurso que emana del «régimen de transición» se concentra en denunciarla y amenaza con emprender acciones judiciales. En la actualidad, Mubarak, su esposa y algunas otras personas se encuentran detenidas, pero aún está por ver lo que de hecho sucederá con ellos. Sin duda, el discurso sobre la corrupción es bien recibido, sobre todo por la mayor parte del público ingenuo. No obstante, el régimen de transición se ocupa de no analizar las causas más profundas del fenómeno y de no enseñar que la «corrupción» (que se presenta a la manera del discurso moralizador estadounidense de la inmoralidad individual) es un componente orgánico y necesario para la formación de la burguesía (y no solo en el caso de Egipto y de los países del Sur en general, donde, si aparece una burguesía *compradora*, la única forma de que eso suceda es en asociación con el aparato de Estado). Yo sostengo que, en la fase de capitalismo monopolista generalizado, la corrupción ha pasado a ser un componente básico de la reproducción del modelo de acumulación: los monopolios en busca de rentas necesitan de la complicidad activa del Estado. Su discurso ideológico (el «virus liberal») proclama que «el Estado no debe intervenir en la economía», mientras que la práctica es que «el Estado está al servicio de los monopolios».

## Zona tempestuosa

Mao no se equivocaba al afirmar que el capitalismo realmente existente (lo que equivale a decir, el capitalismo naturalmente imperialista) no tenía nada que ofrecer a los pueblos de los tres continentes (la periferia que componen Asia, África y Latinoamérica, una «minoría» que comprende al 85% de la población) y que el Sur era una «zona tempestuosa», una zona de reiteradas revueltas potencialmente (y solo potencialmente) preñadas de avances revolucionarios hacia la trascendencia socialista del capitalismo.

La «Primavera Árabe» forma parte de esa realidad. Se trata de un caso de revueltas sociales potencialmente preñadas de alternativas concretas que, a largo plazo, podrían incluirse dentro de una perspectiva socialista. Es por eso por lo que el sistema capitalista, el capital monopolista que domina en el plano mundial, no puede tolerar el desarrollo de ese tipo de movimientos. Movilizará todos los medios posibles de desestabilización, desde las presiones económicas hasta las amenazas militares. Apoyará, según las circunstancias, falsas alternativas fascistas o fascistoides, o la imposición de dictaduras militares. No hay que creer ni una sola de las palabras salidas de boca de Obama. Obama es Bush con un discurso de estilo diferente. La duplicidad es una característica embebida en el discurso de todos los líderes de la tróada imperialista (Estados Unidos, Europa y Japón).

No pretendo examinar detalladamente en este artículo todos y cada uno de los movimientos que en la actualidad se están desarrollando en el mundo árabe (Túnez, Libia, Siria, Yemen y demás). Los componentes de dichos movimientos difieren de un país a otro, igual que difieren las formas de integración en la globalización imperialista y las estructuras de los regímenes establecidos en cada país.

Las revueltas de Túnez fueron el disparo de salida y es seguro que estas infundieron grandes ánimos a los egipcios. Además, el movimiento tunecino cuenta con una clara ventaja: el semisecularismo introducido por Bourguiba no puede ser cuestionado por los islamistas que han regresado del exilio en Inglaterra. Sin embargo, y al mismo tiempo, el movimiento tunecino parece incapaz de desafiar el modelo extravertido de desarrollo inherente a la globalización liberal capitalista.

Libia no es ni Túnez ni Egipto. El grupo gobernante (Gadafi) y las fuerzas que lo combaten no son análogos en modo alguno a sus equivalentes de Túnez y Egipto. Gadafi no ha sido nunca más que un bufón, la vaciedad de cuyas ideas ha quedado plasmada en su tristemente célebre *Libro verde*. Inserto en una sociedad aún arcaica, Gadafi podía permitirse alternar discursos «nacionalistas y socialistas» escasamente conectados con la realidad y, al día siguiente, proclamar que era un «liberal». Lo hizo para «¡complacer a Occidente!», como si la elección del liberalismo no tuviera efectos sociales. Y sin embargo, sí que los tuvo y, como es habitual, empeoró las condiciones de vida de la mayoría de los libios. Esas nuevas condiciones provocaron la ya bien conocida explosión, de la que en seguida se aprovecharon los regionalistas y los islamistas políticos del país. Porque Libia nunca ha existido realmente como nación. Es una región geográfica que separa el occidente árabe del oriente árabe (el Magreb del Máshreq). La frontera entre ambos atraviesa justamente por el centro de Libia. La Cirenaica era históricamente griega y helenística, y después se transformó en mashrequí. La Tripolitania, por su parte, era romana, y se convirtió en magrebí. Por eso, el regionalismo siempre ha tenido mucha fuerza en el país. Nadie sabe a ciencia cierta quiénes son realmente los miembros del Consejo Nacional de Transición de Bengasi. Tal vez haya demócratas entre ellos, pero lo que hay son ciertamente islamistas, algunos del peor tipo, además de regionalistas. El presidente del Consejo Nacional de Transición es Mustafá Muhammad Abdeljelil, el juez que condenó a muerte a las enfermeras búlgaras, fue recompensado por Gadafi y fue nombrado ministro de Justicia desde 2007 hasta el 2011. Por eso, el primer ministro de Bulgaria, Boikov, se negó a reconocer al Consejo, aunque su argumento no tuvo seguimiento alguno ni en Estados Unidos ni en Europa.

Desde el principio, el «movimiento» en Libia tomó la forma de una revuelta armada enfrentada al ejército, en lugar de una oleada de manifestaciones civiles. Y rápidamente la revuelta armada solicitó la ayuda de la OTAN, con lo que ofrecía a las potencias imperialistas la oportunidad de realizar una intervención militar. Seguramente, el objetivo no era ni «proteger a los civiles» ni «la democracia», sino controlar los campos petrolíferos y establecer una gran base militar en el país. Por supuesto, desde que Gadafi abrazó el liberalismo, las compañías petroleras occidentales han controlado el petróleo



libio. Sin embargo, con Gadafi nadie podía estar seguro de nada. ¿Qué pasaría si el día de mañana cambiara de bando y empezara a confraternizar con chinos e indios? Más importantes aún que el petróleo posiblemente sean las reservas acuíferas de Libia. Gadafi estaba sopesando con los países del Sahel africano un uso posible de dicho recurso, vital para el Sahel. Ahora eso se ha acabado. Compañías francesas bien conocidas tendrán acceso a los acuíferos para hacer de ellos un uso «más provechoso», que probablemente consista en la producción de agrocombustibles. No hay duda de que esa fue la razón de la pronta y entusiasta implicación de Francia en la «intervención humanitaria».

Sin embargo, hay también otro punto importante. En 1969, Gadafi exigió a británicos y estadounidenses que abandonaran las bases que tenían en el país desde la Segunda Guerra Mundial. En la actualidad, Estados Unidos aún debe encontrar un emplazamiento en África para su Africom (el mando estadounidense para África, parte importante de su estrategia para el control militar mundial, y que todavía se ve obligado tener su base en ¡Stuttgart!). La Unión Africana se ha negado a alojar a dicho mando, y hasta ahora ningún país africano se ha atrevido a hacerlo. Un lacayo en Trípoli (o en Bengasi) seguramente aceptaría todas las exigencias de Washington y sus lugartenientes de la OTAN.

Los diversos elementos que componen la revuelta siria todavía no han dado a conocer su programa. Indudablemente, el giro hacia la derecha del régimen baasista, que ha abrazado el neoliberalismo y se ha mostrado singularmente pasivo con respecto a la ocupación israelí del Golán, está detrás de la explosión popular. Sin embargo, no se puede descartar la intervención de la CIA: se habla de que hay grupos que penetran en Daraa por la cercana frontera con Jordania. La movilización de los Hermanos Musulmanes, que han figurado detrás de las revueltas de Hama y Homs, tal vez forme parte de la estrategia de Washington que busca poner fin a la alianza de Siria con Irán, que ofrece un apoyo esencial a Hezbolá, en el Líbano, y a Hamás, en Gaza.

En Yemen, la unificación del país se produjo gracias a la derrota de las fuerzas progresistas que gobernaban en un Yemen de Sur independiente. ¿Podría ser que el movimiento significara un renacimiento de dichas fuerzas? La incertidumbre de que así sea explica la postura dubitativa de Washington y los Estados del Golfo.

En Bahréin, las revueltas fueron reprimidas en los inicios mismos mediante masacres y gracias a la intervención del ejército saudita, sin que los medios de comunicación dominantes (incluida Al Yazira) tuvieran gran cosa que decir al respecto.

Las «revueltas árabes», aunque constituyen su más reciente expresión, no son el único ejemplo de la inestabilidad inherente a la «zona tempestuosa».

Una primera oleada de revoluciones, si así cabe denominarlas, ya había derrocado previamente algunas otras dictaduras en Asia (Filipinas e Indonesia) y África (Mali), regímenes instalados por el imperialismo y por los bloques reaccionarios locales. Sin embargo, en esos casos los Estados Unidos y Europa habían logrado abortar el potencial de los movimientos populares, que en ocasiones habían contado con gigantescas movilizaciones. En el mundo árabe, Europa y los Estados Unidos pretenden repetir lo ocurrido en Mali, Indonesia y las Filipinas: «¡cambiarlo todo para que nada cambie!». En estos últimos países, después de que los movimientos populares derrocaran a los dictadores, las potencias imperialistas se encargaron de preservar sus intereses fundamentales estableciendo unos gobiernos alineados con los intereses de su política exterior y con el neoliberalismo. Vale la pena señalar que, en los países musulmanes (Mali e Indonesia), recurrieron para ello a la movilización del islam político.

Por el contrario, en Sudamérica, la oleada de movimientos de emancipación que se produjo en el continente permitió avances reales en tres direcciones: la democratización del Estado y de la sociedad; la adopción de posturas sistemáticamente antiimperialistas, y la entrada en la vía de las reformas sociales progresistas.

El discurso que domina los medios de comunicación de masas compara las «revueltas democráticas» del Tercer Mundo con las que pusieron fin al «socialismo» de la Europa del Este tras la caída del Muro de Berlín. La comparación no es más que un fraude, pura y llanamente. Fueran cuales fueran las razones (comprensibles) de las revueltas de la Europa del Este, estas defendían la perspectiva de que la Europa Occidental acabara anexionándose la región (para provecho, principalmente, de Alemania). De hecho, reducidos desde entonces al papel de periferia de la Europa capitalista desarrollada, los países de la Europa del Este aún están pendientes de

experimentar unas revueltas genuinas, y ya hay signos que apuntan en esa dirección, sobre todo en la ex Yugoslavia.

Es posible prever revueltas potencialmente preñadas de avances revolucionarios en los tres continentes que, ahora más que nunca, conforman esa zona tempestuosa la cual, por esa misma razón, sirve para refutar todo ese discurso empalagoso sobre «el carácter eterno del capitalismo» y sobre la estabilidad, la paz y los progresos democráticos que se le atribuyen. Sin embargo, esas revueltas, para llegar a generar avances revolucionarios, habrán de superar numerosos obstáculos. Por un lado, tendrán que superar la debilidad de los movimientos, alcanzar una convergencia positiva entre sus distintos componentes, formular y poner en práctica estrategias efectivas; por otra parte, tendrán que sobreponerse a las intervenciones (incluidas las intervenciones militares) de la tríada imperialista. *Debe prohibirse toda intervención militar de los Estados Unidos y la OTAN en los asuntos de los países del Sur bajo cualquier pretexto, aun si se trata de intervenciones aparentemente benignas y «humanitarias». Lo que el imperialismo pretende es impedir la democracia y el progreso social en dichos países.* Cuando la batalla esté ganada, los lacayos que este coloque en el poder seguirán siendo enemigos de la democracia. Solo podemos lamentar profundamente que la «izquierda» europea, aun cuando se autocalifica de radical, carece de toda comprensión de lo que realmente es el imperialismo.

El discurso que hoy prevalece exige el cumplimiento de la «legislación internacional» y autoriza, en principio, la intervención siempre que se violen los derechos fundamentales de las personas. Sin embargo, no se dan por ninguna parte las condiciones necesarias que permitirían un avance en dicha dirección. La «comunidad internacional» no existe. Esta equivale a la diplomacia estadounidense, seguida automáticamente por las diplomacias europeas. No es preciso enumerar la larga lista de más que desafortunadas intervenciones (por ejemplo, en Irak) de nefastas consecuencias. Tampoco cabe citar la «doble moral» presente en todas ellas (evidentemente, basta con pensar en los derechos violados de los palestinos y en el apoyo incondicional a Israel, o en las innumerables dictaduras que aún reciben apoyo en África).

## La primavera de los pueblos del Sur y el otoño del capitalismo

La «primavera» de los pueblos árabes guarda una cierta afinidad con la experimentada por Latinoamérica durante dos décadas. Representa lo que he denominado una segunda oleada del despertar de los pueblos del Sur. La primera oleada se produjo durante el siglo XX, y finalizó con la contraofensiva del capitalismo/imperialismo neoliberal. Este segundo despertar está cobrando diversas formas: desde explosiones contra las autocracias que han unido su destino al neoliberalismo, hasta desafíos de los «países emergentes» contra el propio orden internacional. Esta nueva primavera del Sur coincide con el «otoño del capitalismo» que representa el declive del capitalismo de monopolios globalizados, financiarizados y generalizados. Igual que los del siglo precedente, los movimientos actuales han dado comienzo cuando los pueblos y estados de la periferia del sistema han recuperado su independencia y han retomado la iniciativa de transformar el mundo. Así pues, se trata sobre todo de movimientos antiimperialistas y, por lo tanto, solo potencialmente anticapitalistas.

Si todos esos movimientos consiguieran converger con el otro despertar que se precisa, el de los trabajadores del núcleo imperialista, podría abrirse una perspectiva realmente socialista para toda la raza humana. Sin embargo, tal perspectiva no es en absoluto una «necesidad histórica» predestinada. El declive del capitalismo podría inaugurar una larga transición hacia el socialismo, pero también podría, igualmente, colocar a la humanidad en la vía hacia la barbarie generalizada. El actual proyecto estadounidense de control militar del planeta mediante las fuerzas armadas, apoyado por los lugartenientes de la OTAN; la erosión de la democracia en el núcleo de los países imperialistas; y el rechazo medievalista de la democracia en los países del Sur que están experimentando revueltas (en forma de delirios «fundamentalistas» semirreligiosos difundidos por el islam político, el hinduismo político y el budismo político), todos ellos contribuyen al avance hacia ese terrible fin. En la actualidad, la lucha por la democratización secularista es crucial, tanto porque fortalece la emancipación popular como porque se opone a la barbarie generalizada.